

Una práctica orientada por la singularidad. Un encuentro posible frente al retorno de la normatividad y la producción masiva de normas y protocolos.

A practice oriented by singularity. A possible encounter faced with the return of regulations and the massive production of standards and protocols.

Cosme Sánchez Alber.

Trabajador Social. Bilbao.

Resumen: Frente a la tendencia a la normatividad en las prácticas sociales, nosotros oponemos una práctica orientada por la singularidad. La práctica de la que hablo es aquella que, alejándose de los universales, apoya a cada sujeto implicado. Es la práctica del Uno por Uno. Una práctica que no parte de un saber previo y determinado; monitorizado. Una praxis capaz de interrogarse a sí misma, a partir de la elucidación de cada caso. Una práctica que nos permita elaborar un saber más allá de los protocolos y los programas de intervención al uso, y su tendencia a la homogeneización.

Palabras clave: Singularidad, práctica, Salud Mental Comunitaria, acompañamiento, lazo social, lenguaje.

Abstract: Faced with the tendency towards normativity in social practices, we oppose a practice oriented by singularity. The practice of which I speak is that which, away from the universals, supports each subject involved. It is the practice of One for One. A practice that is not part of a previous and determined knowledge; monitored. A praxis capable of questioning itself, from the elucidation of each case. A practice that allows us to elaborate a knowledge beyond protocols and intervention programs to use, and its tendency to homogenization.

Key words: Singularity, practise, Community Mental Health, accompaniment, social bond, language.

Introducción

El declive de las figuras de autoridad ha provocado, en determinados contextos institucionales, un retorno de la normatividad (control, vigilancia y disciplina) como métodos de tratamiento del cuerpo y la locura. Este movimiento desemboca

en la producción masiva de normas y protocolos para tratar de asegurar una práctica.

Frente a esta tendencia a la normatividad, nosotros oponemos una práctica orientada por la singularidad. La práctica de la que hablo es aquella que, alejándose de los universales, apoya a cada

sujeto implicado. Es la práctica del Uno por Uno. Una práctica que no parte de un saber previo y determinado; monitorizado. Una praxis capaz de interrogarse a sí misma, a partir de la elucidación de cada caso. Una práctica que nos permita elaborar un saber más allá de los protocolos y los programas de intervención al uso, y su tendencia a la homogeneización.

Una práctica que considere que hay un sujeto, y hay un consentimiento. Una práctica que sea sensible tanto a las defensas como a las invenciones que el sujeto trae consigo, o que el sujeto pueda inventar, a partir de un encuentro posible.

Un ejemplo: La cámara de fotos

Martin, de 45 años y nacido en un pueblo de Francia, solicita entrar en el centro de día¹ (hace tres años). En nuestro primer encuentro, Martin me dice *“No sé qué hacer durante el día, quiero entretenerme”*. Martin, pasó una temporada viviendo en la calle, no obstante desde hace dos años alquila una habitación y percibe una ayuda social. *“No sé que hacer, no encuentro nada que hace durante el día, no sé, no sé...”*

Me explica su extrañeza con respecto a las miradas del dueño del bar, debajo de su casa, *“me mira, ¿quiere algo de mí?”*. Martin hace una interpretación de esta mirada, del lado de la injuria, cree haber oído algo, un insulto, pero no sabe exactamente lo que escuchó. Por otro lado, me explica su dificultad para *“parar de beber, me siento vacío y me pregunto ¿qué hago aquí? Entonces bebo”*.

Le pregunto si hay alguna cosa que le interese, que le guste. Tras un largo silencio, me dice *“mi cámara de fotos”*. Corto la conversación en este punto y le propongo con entusiasmo traer su cámara de fotos al día siguiente.

¹ Desde el año 2013 coordino un servicio de acompañamiento para personas en situación o riesgo de exclusión social. Se trata de un centro de día inscrito en la red de servicios de inclusión social de la Diputación Foral de Bizkaia y gestionado por una entidad del Tercer Sector. Un lugar donde tratamos de organizar una práctica social y ética basada en la singularidad de cada sujeto implicado.

El trabajo de Martin en el centro de día

Los días sucesivos, Martin me enseña el manejo de su cámara de fotos. Comienza a realizar, con nuestra ayuda, todo tipo de trabajos de imagen, pasando poco a poco de las fotografías hasta la realización de carteles, videos, marcos de fotos, exposiciones y cortometrajes en los que incluye textos, sonido e imagen.

Por otra parte, Martin comienza a interesarse por grabar y fotografiar actividades culturales, conciertos, eventos deportivos, manifestaciones, o cualquier otra cosa que ocurra en la calle, como el vuelo de las palomas. En la casa de su madre, en el pueblo, tenían un palomar con *“palomas mensajeras”*, su tío las soltaba y sabían regresar solas a casa. A Martin, en ocasiones, le gustaba dormir con las palomas.

En el espacio del taller de reciclaje, Martin se equipa con un chaleco en el que escribe *“fotógrafo de X (nombre del centro de día)”*, de manera que pueda acceder con mayor facilidad a estos eventos, *“acercarme más”*. *“Soy el fotógrafo del centro”*, me informa.

Martin me explica: *“tengo un problema con el lenguaje, las palabras se me quedan en la cabeza y no puedo sacarlas, mis amigos me decían que era raro, que hablaba solo”*. *“Hay cosas que no entiendo (hace señas detrás de su cabeza, como si el ruido viniera de atrás). No entiendo, me viene información a la cabeza. No son conversaciones, es información. Yo oigo.”*

El desencadenamiento, el desarraigo y la errancia

Martin trabajó de pintor de casas durante 15 años. Su interés por este trabajo lo sitúa en una escena en la que, siendo un niño, vio como una vecina pintaba el marco de una ventana. De su padre dice que se fue de casa cuando Martin era muy pequeño, su padre era militar y le cambiaron de destino, no volvió a verle. De su madre, señala que el tono de su voz era demasiado agudo, insoportable, hablaba mucho. Con ella vivió en la casa del pueblo hasta los 30 años.

Su trabajo como pintor le proporcionaba un alojamiento, un coche y una tarjeta de crédito. Durante un periodo de tiempo de unos diez años,

Martin iba y volvía a casa de su madre, desde los diferentes trabajos que realizaba como pintor en otras ciudades y pueblos. Sin embargo, a los 35 años decide abandonar la casa de su madre, *“en el pueblo todos me conocían y no soportaba la voz de mi madre”*.

Martin se traslada a una ciudad de España, donde alquila una vivienda compartida con otros trabajadores de la empresa de pintores, y durante dos años va y viene desde los diferentes trabajos y proyectos que realiza.

Hace aproximadamente cinco años tuvo que venir a Bilbao por un trabajo. Cuando llegaba en coche a Bilbao le paró la policía y le hizo un control de alcoholemia, tras dar positivo, le retiran el coche y se lo llevan al depósito de coches. Martin acude a recoger su coche, no obstante, le dicen que debe pagar una cantidad de dinero para sacarlo. Llama a su jefe y éste le dice que lo va a arreglar todo y que espere allí.

Pasa tres días con sus tres noches esperando en la puerta del depósito de coches, bebiendo. Vuelve a llamar a su jefe y éste le dice que le han despedido. Martin se queda sin casa, sin coche y sin dinero, *“sin nada que hacer”* y sin saber a dónde volver. No sabe a dónde ir, y ya no cuenta con el recurso que le servía para responder a una pregunta fundamental para él, y que insiste de manera masiva: *“¿Qué hago aquí?”*.

Es así como, tras pasar largas temporadas en la calle y bebiendo sin poder parar, entra en la red de albergues de Bilbao. Finalmente, solicita una ayuda social y alquila una habitación en Bilbao. *“Soy un lobo solitario”* me dice.

Martin me dice lo siguiente *“primero me siento solo, después empiezo a pensar en los recuerdos, en el pasado, comienzo a aburrirme y me pregunto... ¿qué hago aquí? Y entonces bebo”*. *“A veces, sin saber por qué, me hace un tick en la cabeza y bebo sin poder parar”*. En otra conversación me explicará que el problema es su *“soledad”*, sin embargo, añade que *“en casa puedo estar solo y me dedico a mis trabajos fotográficos”*. Le indico que entonces tiene dos maneras de hacer con la soledad, una le lleva a beber, la otra le lleva a hacer cosas. Me explica que lo que le gusta es *“tener una casa”, “estar tranquilo y hacer mis cosas”*.

Las fotografías y el video

Realiza una exposición de fotografía que llama *“En la puta calle”*. Fotografía a personas que duermen en la calle, aceras, casas viejas, espacios donde duerme la gente, albergues y comedores sociales, el centro de día, palomas en la calle, etc. Me pide que escriba textos y que hable en público en las presentaciones de la exposición, *“me pongo nervioso, hablar no se me da bien, me cuesta explicarme, lo tengo en la cabeza pero no puedo sacarlo”*, me explica. A su vez, invita a un colega nuestro para que escriba poesías y textos sobre la vida en la calle. Al leer los textos, Martin saca ideas para sus fotos.

Cuando salimos a hacer fotos, me explica que ha tenido una idea, sacar dos cosas en la misma foto, por ejemplo, una iglesia (*“donde duerme la gente”*) y una acera. Sacar fotos desde dentro de un cajero automático (*“donde tuve que dormir”*) y sacar la calle. En otra fotografía, saca los tejados de unas casas junto con un grafiti que dice *“soñar”*, me explica *“soñar con casas”*. Le digo *“¡Es una metáfora!”* y le explico lo que significa.

Al día siguiente me dice que tiene una metáfora. Escuchó una canción de niño y en el videoclip salía una mujer tras un cristal, llovía y en el cristal resbalaban las gotas de lluvia como si fueran las lágrimas de la mujer. Buscamos el video en internet y se propone sacar una foto desde dentro de un cajero, enfocando desde el suelo *“porque las personas están durmiendo en el suelo del cajero”*, en un día lluvioso, para captar la lluvia en el cristal. *“El cajero es como una casa, tiene moqueta, calefacción y puedes ver la calle lluviosa”*.

En ocasiones, me trae a sus compañeros de piso para que les ayude, *“tienen problemas, yo no puedo ayudarles, no les entiendo y me pongo muy nervioso”*. Yo les atiendo y les ayudo a resolver sus problemas, esto alivia mucho a Martin.

Ahora está con un nuevo proyecto, *“artistas de calle”*, quiere retratar a las personas que hacen arte en las calles y hacerles entrevistas. De nuevo, me solicita para hacer las entrevistas. De joven aprendió a tocar la guitarra, me explica que tenía un amigo que escribía canciones y las cantaba mientras Martin tocaba la guitarra. Me explica que mientras él toca la música yo puedo poner la letra, cantar.

Crear un marco: una manera de velar el vacío

El trabajo como pintor de casas fue la solución vital que encontró Martin para organizar su vida y tener un lugar en el Otro. Una manera de organizar el sentido, la palabra y el cuerpo, a partir de una actividad laboral elegida por él y que le proporcionaba “un lugar en el mundo”, con los otros, en el lazo social.

Además disponía del recurso a la casa materna, un lugar al que siempre podía volver. Sin embargo, y tras abandonar la casa materna, Martin es echado del trabajo, destituido de su lugar en el Otro, y se queda “*sin nada que hacer*”, salvo el “*tick*” y el recurso al alcohol. Y sin poder volver a la casa de su madre; tener un lugar al que poder regresar.

En las asociaciones y albergues sociales donde es acogido se encuentra con una educadora social que saca fotos. Martin se interesa por este objeto, a partir de lo cual solicita una ayuda social y alquila una habitación. Uno de los efectos del desencadenamiento es que Martin dice que ya no puede trabajar; recurso que le servía para dar un sentido a su vida. La cámara de fotos viene a ocupar el lugar, la función, del trabajo. La fotografía como actividad sublimatoria.

Este encuentro con la cámara de fotos le permite, a su vez, enmarcar su mirada, localizar su punto de vista y ocupar un lugar de enunciación que, aunque precario, le permite no exponerse demasiado a las miradas de los otros. Ser él quien mira. Establecer una cierta frontera, un marco, frente al vacío que lo habita. Una manera de responder a su pregunta “¿Que hago aquí?”.

En este sentido, la solución “cámara de fotos” es solidaria de la solución “pintor”. Recordemos que en el recuerdo infantil, Martin sitúa su interés por la pintura en relación a la escena de la mujer en el marco de una ventana. Con la cámara de fotos puede “*hacer cosas*”, “*sacar las palabras de su cabeza*” y “*tener algo que hacer*” con su soledad. Martin sufre por no poder sacar las palabras de su cabeza, lo que hace obstáculo tanto a su pensamiento como a su capacidad para organizar un sentido; entender al otro.

Cada fotografía tiene el estatuto de una palabra para Martin, una por una. Palabras que saca li-

teralmente de su cabeza a partir del visor y la cámara, un “*clik*”. Una prótesis, pegada a su cuerpo, que le permite sacar las palabras de su cabeza y organizar una cadena lenguajera.

En un segundo tiempo, al introducir -junto a las imágenes- el sonido, la voz y los textos, Martin organiza un tratamiento para las voces y los recuerdos que no cesan. Un anudamiento entre la imagen, el sentido y la palabra, por mediación de su cámara de fotos y los programas informáticos de edición de imagen y sonido. Cuando Martin habla de las voces que escucha, hace una precisión muy notable. No son conversaciones, señala, es información, “*yo oigo*”. Las voces no están articuladas al sentido (“*No son conversaciones*”), están fuera de la cadena de la significación y el lenguaje. Son, tan solo, información, ruido, sonidos, palabras por fuera del sentido. Por eso no las puede entender. Están fuera del registro de la significación. He aquí el estatuto de la alucinación verbal.

Por otra parte, al introducir dos cosas en cada fotografía, abre un campo para organizar un sentido (S1-S2). Una cadena de significación. A partir del objeto “cámara de fotos” y su trabajo con él, Martin organiza una operación de significación y sentido que vela el vacío constitutivo del ser hablante.

Finalmente, “*ser el fotógrafo del centro de día*” le permite alojarse en un discurso bajo el paraguas de un significante que lo representa, y que precisamente viene a ocupar el lugar vacío, “*no sé qué hacer durante el día, me siento vacío y me pregunto ¿qué hago aquí?*”. Pasar de vivir pasivamente el lenguaje, el eco de las voces de los otros, a ser agente de su propia voz.

En los casos que atiendo suelo encontrarme con dos posibilidades. O bien, el sujeto puede restablecer algo de su solución anterior, si es que la había, o bien realizar un desplazamiento e inventar una nueva.

El discurso de la normatividad

Cuando las instituciones se rigen por las lógicas que comandan el discurso neoliberal nos encontramos con un mercado de proyectos socio-educativos y sanitarios que prometen una salud y una adaptación social “plena” bajo condiciones

de producción estándar. Se trata de hacer pasar a los diferentes pacientes, usuarios-clientes, por las sucesivas fases del programa para obtener el correspondiente certificado de calidad, integración o normalidad, según los casos. Para ello es necesario un pronóstico previo y un sistema eficaz de etiquetaje; toxicómanos, excluidos, locos, anoréxicos, adictos al juego...

Si consideramos que las formas que adquieren las instituciones en la actualidad son correlativas al discurso que las sustentan, es perfectamente lógico que las instituciones de hoy en día cada vez se parezcan más a las condiciones fundantes del discurso neoliberal, la meritocracia, la privatización y la producción en serie. Las instituciones son, pues, fruto de una época y de un discurso.

Del lado de la institución, proponemos no tanto la proliferación de prácticas y servicios muy normativizados, sino de prácticas reguladas que permitan alojar las invenciones de cada sujeto y promocionarlas. Una práctica *regulada* es aquella capaz de ordenar un espacio, un campo, una atmósfera a partir de los cuerpos, la presencia y la palabra de todos y cada uno de los que se inscriben en dicho espacio. Promocionar lugares de encuentro, de acogida y de conversación. Un espacio, un tiempo y un lugar donde el sujeto pueda inventar la manera de defenderse del mundo, y construir un lugar propio.

Los profesionales pueden, en este sentido, interesarse por conocer las condiciones de posibilidad de dicho discurso, y quizás puedan entonces introducir algunas cuestiones que, en el mejor de los casos, faciliten una práctica ética capaz de acoger la diversidad de posiciones subjetivas que se dirigen a ellos.

Una práctica orientada por la singularidad

En el presente ejemplo vemos los efectos de la extracción de un solo significante; la cámara de

fotos. Una palabra, un objeto, que el sujeto trae consigo no por casualidad. En ocasiones, nuestro trabajo consiste en localizar este objeto y ponerlo al trabajo, desplegar sus potencialidades.

En determinados contextos asistenciales, el profesional recibe las palabras de las personas que se dirigen a él como si se tratara de ruidos, información, datos, desconociendo el potencial que portan. Una paloma mensajera transporta consigo un mensaje, un texto limitado que, en no pocas ocasiones, hay que descifrar. Es necesario tomar muy en serio aquello que el sujeto trae consigo. Las personas no somos programables. En todo caso, cada uno de nosotros portamos un mensaje, un enigma desconocido e íntimo, una lengua familiar y privada, a partir de la cual podremos inscribirnos en el vínculo social, sin renunciar a nuestra diferencia, a nuestro modo de satisfacción particular. Encontrar un camino de regreso.

Frente a la proliferación de las normas, y sus excesos, en el campo de nuestra práctica, nosotros oponemos la singularidad; la diferencia como aquello que nos humaniza y nos posibilita estar juntos, unos con otros. Es, a partir de esta diferencia, que podemos incluirnos en la sociedad; ser uno entre otros. La diferencia es la materia, el elemento y la razón, con la que se construye el lazo social. Es el principio a partir del cual cada uno de nosotros consiente en incluirse, ser parte, tomar parte en algo. Perder algo.

El vínculo social no es un programa. De lo contrario, naceríamos con un Manual de instrucciones. En nuestro campo se evidencia que para construir un lugar en el mundo, cada persona se ve confrontada a inventar una manera propia, por fuera de los ideales de la civilización. El profesional bien podrá acompañar en esta tarea, descompletando su propio saber y favoreciendo las invenciones de cada sujeto implicado.

Contacto

Cosme Sánchez Alber ✉ cosmesan@hotmail.com ☎ 620 313 855
C/ Solokoetxe 3, 3^º • 48005 Bilbao

Bibliografía

- Bassols, M. (2003). Psicoanálisis e institución. *Revista Cuadernos de psicoanálisis*. Nº 27. Ediciones Eolia.
- Laurent, E. (2003). *Acto e institución*. *Revista Cuadernos de psicoanálisis*. Nº 27. Ediciones Eolia.
- Sánchez, C. (2019). Psicosis y vínculo social. Una orientación no segregativa para pensar la práctica en instituciones. *Norte de salud mental*. Vol. XVI nº 60: 67-74.
- Sennet, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama.

- Recibido: 1/5/2019.
- Aceptado: 10/6/2019.

